

17. Jesucristo el Justo

E. J. Waggoner

«Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo.» (1 Juan 2:1, RVR1960) De todos los seres que han vivido en esta tierra, solo Cristo *no conoció pecado*. Él es el único de quien se pudo decir: «Y que en él no hay injusticia.» (Salmos 92:15, RVR1960)

Él mismo, sin egoísmo, se declaró sin pecado. Y la razón por la que pudo hacer esto, era que Él era, en verdad, Dios. «En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios.» «En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella. Hubo un hombre enviado de Dios, el cual se llamaba Juan. Este vino por testimonio, para que diese testimonio de la luz, a fin de que todos creyesen por él. No era él la luz, sino para que diese testimonio de la luz. Aquella luz verdadera, que alumbra a todo hombre, venía a este mundo. En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho; pero el mundo no le conoció. A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios. Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad.» (Juan 1:1-14, RVR1960) Cristo fue Dios manifestado en carne, de modo que Su nombre fue Emmanuel: «He aquí, una virgen concebirá y dará a luz un hijo,

Y llamarás su nombre Emanuel,

que traducido es: Dios con nosotros.» (Mateo 1:23, RVR1960)

Porque «en Él no hay pecado», «Y sabéis que él apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él.» (1 Juan 3:5, RVR1960) «En sus días será salvo Judá, e Israel habitará confiado; y este será su nombre con el cual le llamarán: Jehová, justicia nuestra.» (Jeremías 23:6, RVR1960) Obsérvese que Él es nuestra justicia, y no simplemente un sustituto de la justicia que no poseemos. Los hombres no son, como una obra católica romana acusa a la

justificación por la fe de enseñar, «reputados o considerados totalmente a causa de los méritos de Cristo, sin serlo realmente.» La Biblia enseña que ellos deben ser realmente justos, a través de los méritos de Jesucristo.

Cada vez más, los maestros profesos del cristianismo sostienen que en el hombre hay al menos tanto bien como mal, y que el bien en los hombres finalmente obtendrá la victoria completa sobre el mal. Pero la Biblia enseña que *no hay justo, ni aun uno*. Cristo, quien *sabía lo que había en el hombre*, declaró que «Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez.» (Marcos 7:21-22, RVR1960) También declaró que «el hombre malo, del mal tesoro de su corazón, saca lo malo», y que el bien no puede provenir de una mala fuente. (Lucas 6:43, 45) Por lo tanto, es claro que del hombre mismo «ninguna cosa buena» puede venir. «¿Quién hará limpio a lo inmundo?

Nadie.» (Job 14:4, RVR1960)

Dios no se propone intentar sacar bondad del mal, y Él nunca llamará bueno al mal. Lo que Él se propone hacer es crear un nuevo corazón en el hombre, para que de él pueda provenir el bien. «Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.» (Efesios 2:10, RVR1960)

Ningún hombre puede entender cómo Cristo puede morar en el corazón de un hombre, para que de él fluya justicia en lugar de pecado, de la misma manera que no podemos entender cómo Cristo el Verbo, que existía antes de todas las cosas y que creó todas las cosas, pudo venir a la tierra y nacer como hombre. Pero tan seguro como Él habitó en la carne una vez, puede hacerlo de nuevo, y todo el que confiesa que *Jesucristo ha venido en carne, es de Dios*. «pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado.» (1 Juan 1:7, RVR1960) *Por fe andamos, no por vista*. Por fe recibimos a Cristo, y a quienes así le reciben, les da el derecho y el poder de ser llamados hijos de Dios. (Juan 1:12) Entonces la exhortación es: «arraigados y sobreedificados en él, y confirmados en la fe, así como habéis sido enseñados, abundando en acciones de gracias.» (Colosenses 2:7, RVR1960) Esto es andar en la luz.

Así como la vida física se sustenta con la respiración y la alimentación, así la vida espiritual se sustenta con la fe; y así como no podemos hoy respirar lo suficiente para mañana, sino que debemos seguir respirando todo el tiempo, así tampoco podemos hoy tener fe para el futuro, sino que debemos continuar teniendo fe, si queremos seguir viviendo una vida espiritual.

Mientras así, por fe, andamos en la luz, estamos continuamente recibiendo una vida divina en nuestras almas, pues la luz es vida. Y la vida continuamente recibida, continuamente limpia el alma del pecado. La limpieza es una obra siempre presente, que muestra una necesidad siempre presente. Así es como nunca podemos decir que no tenemos pecado. Es siempre y solamente *Jesucristo el justo*.

Es por la obediencia de Uno que muchos son hechos justos. ¡Qué maravilla! Solo uno — Cristo— obedece, pero muchos son hechos realmente justos. El apóstol Pablo dijo: «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.» (Gálatas 2:20, RVR1960) Entonces, si alguien pregunta a un cristiano: «¿Estás sin pecado?», solo puede responder: «No yo, sino Cristo.» «¿Guardas los mandamientos?» «No yo, sino Cristo.» Imperfectos y pecaminosos en nosotros mismos, y sin embargo *completos en Él*.

En Dios está la «Porque contigo está el manantial de la vida;

En tu luz veremos la luz.» (Salmos 36:9, RVR1960) Cristo es la manifestación de Dios, y por lo tanto la fuente de vida está en Él. *Él vive para siempre*, y así la fuente fluye sin cesar. Como se dice del río de vida: «Mas cuando el pueblo de la tierra entrare delante de Jehová en las fiestas, el que entrare por la puerta del norte saldrá por la puerta del sur, y el que entrare por la puerta del sur saldrá por la puerta del norte; no volverá por la puerta por donde entró, sino que saldrá por la de enfrente de ella.» (Ezequiel 46:9, RVR1960), así de la vida de Cristo, dondequiera que llega, limpia de toda impureza. Y así, mientras nos confesamos pecaminosos e indefensos, nos vemos obligados a depositar toda nuestra dependencia en Aquel que *no conoció pecado*, y somos «Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.» (2 Corintios 5:21, RVR1960)

PT, 2 de noviembre de 1893